

35. En medio de tan agradable variedad con que centellean con benéfica luz, veo, ó Gazoldo, que sobre tí derrama su luz con fúlgidos y benignos rayos el astro de tu protector san Hipólito. Y en verdad, ¿en qué parte del mundo, sino en esta, es mas propio y natural que derrame su propia luz? ¿En qué otro punto puede descubrir ó ver nuestro santo Héroe mas honrosos y obsequiosos cultos que los que aquí se le tributan?

36. Hace ya cinco siglos que los piadosísimos señores que te dominaron resolvieron ponerte bajo la proteccion del santo Mártir, cuyo nombre hacian gala de llevar. Aquí las monedas de plata y oro han sido ornadas en diversas épocas con la efigie del Santo, y aquí se levanta un augusto templo en el cual el devoto pueblo viene á pedir y obtener la mediacion del santo Héroe, y aquí se oyen todos los años celebrar sus memorables hechos y recordar sus glorias.

37. No me admiro por lo tanto de que el santo mártir Hipólito entre los otros luceros celestiales contemplados ó vistos por el Profeta, no me admiro, repito, que este lucero te tenga en tanta predileccion, ó Gazoldo, pues si, como ya he indicado, se mostró nuestro Santo tan pródigo de su altísima proteccion con respecto á extrañas naciones, ¿qué no hará por tí, que te distingues entre los demás pueblos de la cristiandad en honrarlo y festejarlo, haciéndote por mil otros títulos digno de su amor?

38. En la peligrosísima navegacion del fluctuante siglo dirígite á Hipólito, Gazoldo, y cual estrella amiga fija en él tu vista para no olvidar tus grandes virtudes, porque no podrias prometerte escolta mas segura en tu camino, ni asistencia mas eficaz para tus necesidades, ni mas vigorosa defensa para los peligrosos é inestables sucesos de la vida. De este modo la gloria que tú tributas á Hipólito, reanimando sin cesar tu esperanza y tu fe, é inflamándote en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcesibles frutos, diferenciándose de aquella que rendian los infieles á los falsos héroes de su secta, pues esta les hacia cada dia mas ciegos y desgraciados, y para refrenar el orgullo y humillar la arrogancia que infundia á los paganos el recuerdo de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sagrado héroe de excelsa grandeza de alma en el desprecio que hiciera de las mas deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros mas formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal.

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN MARCELINO, MÁRTIR.

Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra. (I Joan. v, 4).

Esta es la victoria, que vence al mundo, nuestra fe.

1. Al considerar las pruebas de nuestra fe, no puedo menos de exclamar con David: *Testimonia tua credibilia*, etc. ¿Cómo dudar de una fe tan grande y tan elevada..., tan casta é intemerata en sus..., tan justa y razonable...? Para ello seria necesario abdicar la razon...

2. ¿Qué son, además, aquellos cien mil héroes de que se gloria la Iglesia, y que...?

3. Sirva hoy de prueba el ínclito é invicto mártir san Marcelino... Elegido por Dios para..., se presenta ante los tiranos y combate... Idea de este discurso...

4. *Invocacion*: Y tú, héroe venerable, derrama sobre mi mente...

Reflexion única: Honrar la memoria de san Marcelino, recordando y ensalzando su santísima vida y gloriosísima muerte, es celebrar la victoria de nuestra santa fe.

5. Ridículas pretensiones y erróneas máximas de la filosofía pagana en Roma y Atenas... Resultado...

6. Solo el Evangelio y la divina gracia son capaces de transformar los hombres en héroes... Manera como lo logran...

7. Para que veais que nuestro es tal..., sabed que fue digno de ser elevado al sacerdocio en el siglo III... Vosotros pensaréis tal vez que... Pero volved la vista á los primeros siglos..., y luego me diréis...

8. Abrirse camino en medio de..., batirse contra todo un..., todo esto no es todavía suficiente para...

9. Lo que era el ser sacerdote en aquellos tiempos tan funestos para la Iglesia...
10. Sin faltar á ninguna de estas condiciones llenó su mision san Marcelino... ¡Cuánto celo, cuánta...!
11. Preciso es confesar que... De otro modo, ¿cómo habria podido Orígenes contraponer...?
12. Testimonio de Alejandro Severo... Quiénes eran elegidos sacerdotes en aquellos tiempos... Lo venerados que eran...
13. Esto basta para... Pero fijad de nuevo el pensamiento en aquella época fatal... Décima y última persecucion... Edictos, he-rejías... Lo que padecieron los cristianos...
14. Ved cuál temple de alma debia tener el sacerdote... Parece-me que estoy viendo á Marcelino... Palabras que dirigia á los fieles para animarlos...
15. Así es como lograba Marcelino confundir la idolatría haciendo alcanzar á los fieles la palma del...
16. Llega esto á oidos del prefecto Serene, y manda prender á Marcelino... Este no huye ni se esconde... Es conducido cargado de cadenas al tribunal... Con súplicas y dulces palabras Serene procura...
17. Viendo que ni con súplicas ni amenazas logra pervertirle, se enfurece... Símil...
18. Pero haga lo que quiera el Prefecto..., que no logrará arrancar de Marcelino...
19. Marcelino es entregado á una turba desenfrenada de... Varios y horrorosos tormentos que... Pero esto no es mas que una mínima parte de... Marcelino, alegre y sereno, canta himnos á...
20. Si la caridad es, segun el Apóstol, ... y, segun san Agustin, es..., imaginaos si... Símil...
21. Rabioso el tirano y sin esperanzas de reducir á..., temió que Roma... Manda decapitar á Marcelino junto con el exorcista Pedro en un sitio desierto...
22. Son conducidos á una selva espesísima que el vulgo llama negra... Con su semblante risueño admiran á los mismos feroces esbirros que...
23. Marcelino y Pedro cortan los árboles para formar un recinto suficiente...
24. Marcelino pide perdon por sus verdugos... Él y Pedro son decapitados... Conversion de uno de aquellos...
25. Tal fue el doble triunfo que la fe alcanzó con la vida y la

muerte de Marcelino... Ignóranse de este Santo muchas proezas... Pero fue tan célebre, que mereció de la Iglesia ser nombrado en el Cánón de la misa...

26. ¡Oh mil veces dichosa ciudad de...! Á tu santo Protector le debes...

27. Me congratulo con vosotros al ver la gratitud con que... Acordaos siempre que de ningun modo podeis corresponder mejor á...

SERMON

DE

SAN MARCELINO, MÁRTIR.

Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra. (1 Joan. v, 4).

Esta es la victoria, que vence al mundo, nuestra fe.

1. Al representarse en mi imaginacion las bellas é incontrastables pruebas con que plugo á Dios establecer entre nosotros su santísima fe, no sé porque me olvido de mí mismo, de mi miserable humana bajaça, de la humildad de mi nacimiento, y me siento elevar tan alto, que quisiera que conmigo gritasen todas las criaturas como el Rey profeta, y que fuese tan ardiente y clamoroso el grito general, que llegase el eco mas allá de las estrellas: Harto creibles, Dios mio, demasiado claros habeis hecho aparecer los testimonios de vuestra fe. Y á la verdad, ¿cómo dudar de una fe tan grande y tan elevada en sus misterios, como que es digna hermana de la infinita grandeza de Dios, tan casta é intemerata en sus leyes, cuanto es necesaria para los monstruosos desórdenes del hombre, tan justa y razonable en su culto, exigiendo que las criaturas adoren dignamente al Criador? Fe prevista en lontananza y al través de los siglos, anunciada por los Profetas, fe aguardada desde el principio del mundo, nacida, crecida y dilatada en todos los pueblos y naciones, ya bárbaras ya civilizadas, adoptada no por las intrigas de la política, sino por la voz de la persuasion, no por la violencia de las armas, sino por la fuerza de los milagros, no con la molicie de los placeres, sino con la rigidez de las virtudes, en medio de las amenazas de los furibundos Césares, entre los insultos y reproches de un pérfido vulgo, entre la sangre y las desapiadas muertes, débil, inerme, abandonada, sin tener apoyo de ningún potentado, y sin lisonjas apasionadas. Confundiendo y venciendo la altivez de los sábios, la ferocidad de los potentados y la perfidia de los impíos; sola para levantar, erigir y establecer sobre

las ruinas de los imperios, de los ídolos y de los demonios, la humildad del Evangelio, la ignominia de la cruz y la divinidad de Jesucristo. Despues de tantos y tan preclaros argumentos que prueban la divinidad de nuestra fe, seria necesario abdicar la razon y desechiar del alma todo sentimiento de verdad y justicia, forjándose un Dios imbécil, cruel y embustero, para sospechar en la fe engaño, mentira ó error.

2. Y además de esto, amados oyentes, ¿qué son aquellos cien mil héroes de que se gloria la Iglesia y que coronan nuestros altares, sino otros tantos elocuentes testimonios, segun dice el Apóstol, bastantes cada uno de por sí á demostrar la falsedad é impostura de toda otra religion y la verdad de la nuestra? La soberana luz de sus inteligencias, la constancia invencible de sus corazones, la maravillosa grandeza de sus hechos, la rectitud, igual siempre, de sus sentimientos, la uniforme belleza de sus costumbres, la inalterable armonía de sus pensamientos, de sus afectos y de sus obras, ¿de qué manos son hechura, de qué Señor son fieles, y á qué Dios adoran?

3. Sirva hoy de prueba, entre otras muchas, que bien le merece, vuestro glorioso y amantísimo protector, ínclito sacerdote é invicto mártir de Jesucristo san Marcelino, portento del valor cristiano y trofeo inmortal de la virtud y gracia del Evangelio. Elegido Marcelino por Dios para sostener la luz de su verdad y la gloria de su santísimo nombre contra la rabiosa incredulidad pagana que dominaba en Roma, señora á la sazón del mundo, se presenta nuestro santo Héroe ante los temibles tiranos, y combate con indestructibles razones á la supersticion y al vicio, á los cuales el paganismo habia erigido altares. Semejante Marcelino á la roca que resiste la fuerza de una deshecha tormenta, é invencible en sus razones, eleva y ensalza á su Dios, teniéndose por muy feliz en morir gloriosamente por Jesucristo. De modo que viene á ser lo mismo honrar hoy la divina memoria de san Marcelino, ensalzando y recordando su santísima vida y gloriosísima muerte, que celebrar la victoria de nuestra triunfante fe, pudiéndose aplicar muy bien las palabras del Apóstol: *Hæc est victoria*, etc.

4. Y tú, Héroe venerable, que desde el eterno y sublime empero acoges benigno este reverente y humilde culto que te tributamos, derrama sobre mi mente un rayo de tu luz, é infunde en mi corazon y en el de todos los que aquí se han reunido para escuchar tus alabanzas tu piedad y tu amor, á fin de que pueda yo ha-

blar de un modo digno de tí, y los fieles que me escuchan puedan á la vez avivar la piedad y la veneracion hácia el Santo bendito bajo cuya proteccion felizmente están colocados: *Ave María.*

Reflexion única: Honrar la memoria de san Marcelino, recordando y ensalzando su santísima vida y gloriosísima muerte, es celebrar la victoria de nuestra santa fe.

5. La arrogante filosofía pagana, que buscaba siempre nuevos sistemas, para ensoberbecerse mas y mas, nunca fue á mi ver tan extraña y ridícula en sus locuras como cuando, á pesar del fatal desorden de nuestra naturaleza, pensó en hacer del hombre una especie de semidios. ¿Qué le importa al sábio, decia aquella, que en su parte frágil y mortal haya siempre lucha de encontrados afectos, si en la otra, toda celestial y divina, encuentra los medios para gozar y consolarse con un tesoro inagotable de tranquilas y felices ideas? Los placeres, el error y el dolor son los mas terribles enemigos de la virtud; sin embargo cuando esta, concentrada en sí misma, se retire al fuerte de la razon, quedarán burlados los mencionados enemigos, y tendrán que retirarse con la mezquina vanagloria de haber llegado al vil recinto de los sentidos. El hombre de bien no conoce con seguridad lo que sea buena ó mala suerte, ni tampoco el soplo amigo que hace llover en su seno un raudal de felicidades, ni la mala estrella que le persigue con toda clase de contrariedades y reveses; pues sabe vengarse perfectamente de esta elevándose sobre sí mismo y sobre el mundo, con toda la libertad de imaginacion y con el dominio de su pensamiento. Delirando de este modo en otro tiempo, Roma y Atenas creyeron haber encontrado el medio de formar de los hombres semidioses: empero léjos estuvo de corresponder el trabajo al designio de sus autores, puesto que en vez de los imaginados héroes, formaron, por baldon suyo, ciertas especies de mónstruos, tanto mas brutales y deformes, cuanto que á los vicios y á la miserable condicion de la naturaleza reunieron el orgullo y la ferocidad de sus malos instintos.

6. La gloria de formar héroes de los hombres está reservada exclusivamente á la sabiduría del Evangelio y á la gracia de nuestro divino Redentor Jesucristo, pues por su divina mediacion se alumbró aquella oscuridad de que se encuentra cegada nuestra mente, y trocando el mal en bien á menudo, hace que iluminada ya

nuestra mente por tanta luz, comprende la verdad, no teniendo ya duda en sus pensamientos, no variando de consejos, y no siendo inconstante en sus deseos. Firme ya, establece el flujo y reflujo de la eterna ondulacion de la humana avidez, recibiendo de Dios y por Dios solamente, como dice el Apóstol, vida y movimiento, y suspirando por las cosas divinas é inmutables. De ahí nacen las inclinaciones libres y generosas que impiden que el alma reciba otra ley que no sea la de sus deberes, de los deseos nobles y elevados, que no se doblegan á las prevenciones de los sentidos ó á las sorpresas del apetito. El corazon magnánimo-nacido para amar siempre, y á nadie mas que á Dios, humilla la grandeza de sus amores. De ahí la alegre prontitud en observar la ley, y la exactitud y puntualidad en cumplirla, la negligencia y el desprecio de las cosas terrenales. De ahí, finalmente, nace la caridad universal para la salud de las almas, el celo ardiente, eficazísimo y victorioso por la gloria divina, el valor firme, tranquilo é inalterable en la confesion de Jesucristo, teniendo á gloria y honor las ignominias, los tormentos y la muerte para acreditar la verdad de la cruz del Evangelio y de la fe. Esto, amados oyentes, no es que yo quiera hacer caprichosamente una pintura cualquiera de un héroe, sino una fiel imagen del santísimo Protector que celebramos.

7. Y para que veais que nuestro Santo es tal cual yo os lo pinto, sabed que al último tercio del siglo III de nuestra redencion se distinguió Marcelino de tal modo entre los cristianos de la Iglesia romana, que siendo ó estando unido con el sagrado crisma mereció con aplauso universal ser contado en el divino orden de los sacerdotes. Vosotros acaso, viendo la felicidad y tranquilidad de nuestro siglo, ahora que reina pacíficamente la fe, podréis fácilmente creer é imaginar que el altar es un hermoso puesto de seguridad, instituido y dejado por Jesucristo á costa de su preciosa sangre, para acomodarse y pasar una vida honrosa y tranquila aquellos que ó no quieren ó no son capaces de adquirirse por otros medios mas trabajosos una decorosa subsistencia, y tambien creeréis acaso que el guiar las almas administrando los Sacramentos y anunciando la divina palabra es lo mismo que conducir con una sutil varita á los verdes prados un manso rebaño. ¿Pensais acaso que el trabajar en la viña del Señor es lo mismo ó tiene igual fatiga que la que tienen los jardineros al arrancar con delicado hierro los tallos inútiles de las plantas para que á su tiempo dén mas abundantes y sabrosos frutos? Pero volved la vista, amados oyentes, volved con

vuestra imaginacion á los primeros siglos de la Iglesia, volved á recorrer las primitivas edades de nuestra Religion, y luego me diréis lo que os parece de la gravísima carga del sacerdocio, capaz de aterrizar al mas fuerte corazon.

8. Abrirse, intrépido, camino en medio de una selva cuajada de animales feroces, y no solamente caminar por él, sino arrancar de la horrible oscuridad del error á gran número de almas intimidadas, infundiéndoles valor y fortaleza, batirse contra todo un ejército de hombres, de vicios y de demonios, echarse á nado en un mar de iras, de tormentos y de verdugos para sacar triunfante por todas partes á la combatida fe... Pero ¿qué digo? Con estas imágenes débiles y faltas de exacta comparacion no podré presentar claro lo arduo de la empresa y la inmensidad de los peligros que en aquellos tiempos era necesario acometer para ser sacerdote.

9. Haceos cargo, amados oyentes, de lo que significaba ser sacerdote en aquellos tiempos, recordando que en el acto en que recibía la primera consagracion, se le imponía al mismo tiempo la obligacion de hacer frente á la crueldad de los Césares, estando siempre pronto á esgrimir las desnudas armas de la fe para combatir y contrarestar los ferocísimos asaltos de la protegida idolatría. Por último, el ser sacerdote en aquellos tiempos tan funestos para la Iglesia, equivalía á tener en el pecho cien magnánimos corazones, maniobrar con centenares de brazos, ser una vivísima antorcha de luz doctrinal para disipar la doble y oscura noche del error y de la obstinacion, arder en celo suficientemente fuerte para poder purgar el contagio de tantas malas y perversas costumbres, ser toda una ardiente llama de caridad para poder mantener vivos en todos los pechos hasta la muerte el deseo de las cosas eternas, hacer cara y agradable á los catecúmenos, aunque fuesen de estirpe real, la humildad de la cruz, y encender los deseos de ceñir la palma del martirio.

10. Ahora bien, todo esto y aun mucho mas significaba, amados oyentes, ser sacerdote en los calamitosos tiempos de la Iglesia; y sin faltar á ninguna de estas condiciones llenó su sagrada mision san Marcelino, lo que le valió esa altísima reputacion de que disfrutaba. Y siendo esto así, ¿cuál candor de inocencia, cuál luz de virtud, y cuáles méritos de santidad no resplandecerian en nuestro Santo! ¿cuánto celo, cuánta caridad, sabiduría, piedad y religion no brillarian en Marcelino!

11. Efectivamente, si no se quiere negar la verdad, es preciso

confesar que nuestro Héroe estaba dotado de todas estas gracias que van siempre unidas á la virtud, resplandeciendo en él de un modo maravilloso, heróico y singular. De otro modo decidme, amados oyentes, ¿cómo el gran padre Orígenes hubiera podido, disputando con el pérfido Celso, contraponer con tanta fuerza y buen éxito á los magistrados de las asambleas paganas, los sacerdotes de las iglesias cristianas, exaltando el mérito y la virtud de estos, y confundiendo la falsedad de aquellos?

12. Empero yo voy aduciendo testimonios de amigos, siendo así que el mismo emperador Alejandro Severo, enemigo cruel é implacable del nombre cristiano, no dudó al elegir los magistrados, cónsules, prefectos y gobernadores de las provincias y de las ciudades, no dudó, digo, en proponer como gran ejemplo á los suyos, que imitasen el gran cuidado y diligencia que ponian los cristianos para elegir sus sacerdotes, lo que prueba evidentemente que en aquellos tiempos no eran elevados al ministerio de los altares sino los hombres de eminentes virtudes y de probada y resplandeciente santidad. Esta era la ordinaria recompensa de los confesores que habian mostrado mayor constancia en los tormentos. Las cicatrices de las llagas y de las heridas, los horrorosos vestigios de los suplicios sufridos valerosamente por Jesucristo constituian el mérito para ser elegidos como base en la cual se levantase el tabernáculo, y no se veía á ningun cristiano vestir la estola, sino por el voto y los ruegos de todo el pueblo, y aun muchas veces despues de la solemne aprobacion del cielo manifestada con estrepitosos milagros. Eran entonces tan respetados y venerados los sacerdotes, y gozaban de tal reputacion entre los fieles, que considerándolos estos como hombres celestiales y verdaderamente divinos, se arrodillaba el pueblo en las calles y plazas públicas cuando pasaban los ministros del Señor.

13. Grandes son las cosas que acabo de referiros para persuadir á cualquiera inteligencia soberbia y terca, no á vuestro claro entendimiento, amados oyentes, cuáles y cuán prodigiosas serian las virtudes que adornarian á nuestro santo Protector. Sin embargo, crecerá en vosotros hasta lo infinito la hermosa imagen que de él teneis formada, mientras mas de cerca pongais la vista y fijeis el pensamiento en aquella determinada época en que vivió el preclarísimo Héroe. ¡Dios eterno é inmortal, y qué cruel y horrorosa época era aquella!... ¡Oh! era precisamente aquel tiempo en que la monstruosa bestia entrevista por san Juan en sus proféticos éxtasis hacia

los últimos y desesperados esfuerzos para derrocar, oprimir y destruir la divina fe de Jesucristo. Efectivamente, hirviendo y furiosamente recrudeciéndose en aquellos tiempos la décima y última persecución de Diocleciano contra la Iglesia, combatida y conmovida no solo por nuevos y tremendos edictos, sino por nuevas é impías herejías, no encontraban los cristianos mas que desolacion y terror donde quiera que fuesen; de modo que los desgraciados fieles, sirviéndome de las mismas frases del Apóstol, sufrían insultos, azotes, cadenas, prisiones, tormentos, y hasta la muerte. Se veían algunos que andaban errantes y proscritos envueltos en pieles, otros se escondían en el desierto, en los montes y en las selvas, y por último, no faltaba quien se refugiase en profundas cavernas para poder conservar incólume el noble depósito de la fe que el paganismo y la herejía con todo su poder querían arrancarles á viva fuerza del corazón. Tal fue la tremenda y horrible tempestad y no menos fuertes sacudimientos que sufrió el edificio de nuestra sacrosanta Religión, el cual si no hubiera tenido por piedra angular al mismo Jesucristo, indudablemente hubiera caído derrocado.

14. De todo lo que acabo de exponeros podréis colegir, amados oyentes, la clase de temple que debía tener el que en aquella época quería ser sacerdote, puesto que como valiente capitán le competía infundir valor con la palabra y el ejemplo hasta á los mas tímidos soldados de Jesucristo; de lo que podeis deducir los heroicos hechos que en tan horribles tiempos obraría nuestro Protector divino. Me parece que le estoy viendo allí en medio de los mas récios peligros despreciar con altivez los innumerables instrumentos de muerte que veía ante sus ojos, y lanzarse como un rayo al punto en donde mas encarnizada se traba la lucha á combatir por la causa del Señor. Tan pronto se le ve en la puerta de las cárceles y al pié de los patíbulos, como entre los verdugos y jueces de aquellos asquerosos tribunales, para animar, confortar y sostener en los atormentados confesores la fe combatida, mostrándose siempre Marcelino envidioso de los suplicios, y diciendo: ¡Sufrid, pelead, ó valientes, triunfad, escogidos; aquí estoy yo ó para acompañaros en vuestra dichosa muerte, ó para servir de fiel testimonio de vuestras victorias! mirad, ¿no veis como á la diestra del Dios Padre, nuestro dignísimo Señor Jesucristo, rodeado de los bienaventurados que hay en el paraíso, aplaude vuestro martirio y os prepara guirnaldas inmortales para coronaros en breve? ¿Qué vale esta miserable vida mortal comparada con la dichosa que es eterna? ¿Qué dicha poder cambiar

por un pasajero dolor una gloria inmensa é infinita! Un poco mas de valor, y veréis allá en el cielo cuán pródigo es nuestro Dios para coronar los tormentos de sus fieles.

15. De este modo resuena la voz del glorioso Marcelino, cualquiera recrudecen los tormentos y martirios, logrando nuestro dignísimo Protector que alcanzaran el triunfo infinitos cristianos, envileciendo y confundiendo la idolatría, recogiendo aquel con modesta alegría los trofeos y las palmas adquiridas á costa de mil tormentos y suplicios, y ofreciéndolas humildemente al Hombre-Dios, autor de la fortaleza de Marcelino y de sus compañeros.

16. No es extraño, amados oyentes, que las preclaras virtudes y el valor de Marcelino, que rápidamente se hizo famoso y célebre por toda Roma, llegasen á oídos del prefecto Serene, el cual era á la sazón lugarteniente del tiránico y feroz Diocleciano: quedando aturcido al pronto, pero ardiendo luego en furor, manda que se busque al sacerdote Marcelino, y luego que se haya cogido, que se le presente bien atado y encadenado. ¿Pensais acaso que al saber Marcelino que le estaban persiguiendo con la mayor rabia y furor se asusta, y retira ó esconde? ¿Pensais que nuestro Héroe duda ó pide consejos? Nada de esto, pues no hubo en el mundo ni entre aquellos famosísimos héroes de la Grecia ninguno que acometiese á los escuadrones contrarios con el valor é intrepidez con que nuestro invictísimo Héroe sostuvo el asalto de aquella falange de enemigos. Y ¿cuándo vió Roma triunfar con tan serena frente á ninguno de sus Césares cual lo hizo Marcelino, á pesar de estar cargado de cadenas, al dirigirse al tribunal? Confundida y estupefacta quedó al pronto la crueldad del Prefecto, viendo ante sus ojos á un hombre que por su aspecto altivo y sobrehumano le pareció mas bien haber encontrado un juez de sus caprichos que un reo para ser condenado á muerte, víctima de sus monstruosos furores; por lo que desorientado el tirano, y no atreviéndose á reprochar é insultar á Marcelino, segun tenia costumbre, cambió de tono, y pasando de tirano á orador comenzó con súplicas y dulces palabras á procurar que nuestro Héroe abandonase el Cristianismo y rindiera culto á los ídolos.

17. Viendo sin embargo el tirano que el magnánimo y heroico Marcelino despreciaba igualmente los premios que las amenazas, y que se burlaba de los ídolos, empezando á predicar con entera y fuerte voz la divinidad de Jesucristo, se enfurece de un modo horrible. ¿Habeis visto alguna vez el mar en plácida calma y que por efecto de un furioso huracan de improviso se levanta y agita bor-